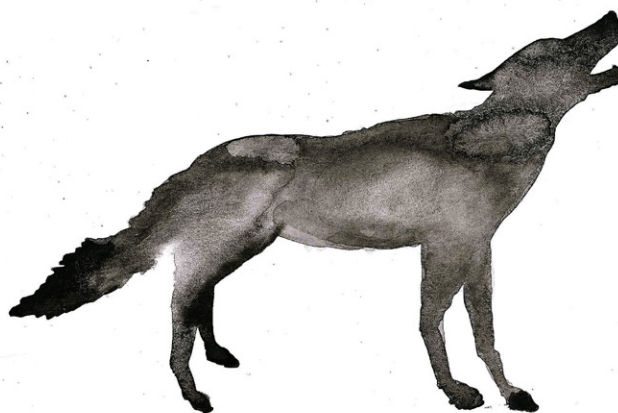


Con la misma vara



Patricia Bernal Cortés. Tinta sumi sobre papel. 35 x 35 cms.

1

En 1996 se publicó la antología *17 Narradoras Latinoamericanas*, en cuyo prólogo se señala que “uno de los fenómenos más sobresalientes que se ha producido en la literatura latinoamericana actual ha sido el surgimiento y el avance al primer plano de un dinámico y valioso grupo de mujeres”.¹ En 2008, en un ensayo corto titulado “*Gorjeos celestiales versus agudezas terrestres*”, la escritora Paloma Pérez se preguntaba por la voz de las mujeres en la literatura, “casi inaudible aun para las de su sexo”.² En 2025 se publica esta *Agenda Cultural* que, con ocasión del mes del libro y la lectura,

dedica sus páginas a darle continuidad a esta reflexión y a presentar textos de autoras que nos invitan a seguir explorando sus universos narrativos.

Es innegable que el tema, para algunos trasnochado y agotado, sigue siendo una conversación vigente. Hace algunos días, en la Fiesta de la Lectura y la Escritura de Chocó —Flecho— presencié una conversación en la que tres escritoras enumeraban una serie de factores que probablemente han incidido en el hecho de que hoy se lean más mujeres. Recuerdo tres: poner el

lente en la producción literaria de algunas, arrastrando con ellas el deseo y la fuerza de otras y, de paso, el interés de revistas literarias, eventos del libro y sellos editoriales; denunciar el acoso en las universidades y en los sectores culturales relacionados con el mundo editorial; y un creciente auge de talleres de escritura dirigidos por mujeres. Agregaría a esta lista una afirmación del editor español Juan Casamayor en una entrevista reciente en el periódico *El País*: “el boom actual es de lectoras antes que de escritoras. Hay un sentimiento de pertenencia y rebeldía que hace que las mujeres lean a otras mujeres”.³

Si la conversación continúa es porque seguimos con la necesidad de reforzar la presencia de las mujeres en la literatura, en el arte y en otros ámbitos en los que es sabido que se sostienen diferentes formas de discriminación para acallar las voces y banalizar los reclamos o perspectivas que tienen las mujeres. Sin embargo, este énfasis —e insisto en que es necesario— conlleva también un riesgo que no quiero dejar de mencionar. Suele hablarse de “literatura femenina” o de “arte femenino” encasillando a las mujeres en unas formas particulares de sentir y pensar, y en unos temas propios de ese universo: lo íntimo, lo doméstico, lo familiar.

Pero es innegable, y esto tampoco lo podemos desconocer, que las mujeres habitan realidades materiales muy específicas que pueden convertirse en material narrativo. Las violencias contra sus cuerpos, las maternidades, las mismas discriminaciones, los abortos, los cambios del cuerpo o el trabajo doméstico son algunos de esos “temas femeninos” de los que las mujeres también se han permitido hablar. Me toca citar a Lina Meruane porque ella misma

no recuerda quién lo dijo: “Las madres no escriben, están escritas”;⁴ de ahí la importancia que tiene la voz de una mujer escribiendo con total autoridad sobre esa experiencia humana que atraviesa a una gran parte de habitantes del planeta. Novelas como *El verano que mi madre tuvo los ojos verdes* (Tatiana Tibuleac), *Los abismos* (Pilar Quintana), *Apegos feroces* (Vivian Gornick) o *Lengua Madre* (María Teresa Andruetto) son unos pocos ejemplos de lo prolija y universal que puede ser una narración sobre la maternidad.

En el rescate de los oficios textiles y su incorporación al mundo del arte por parte, especialmente, de jóvenes artistas plásticas, que encontraron en las telas, los tejidos y los bordados formas de la expresión y la memoria, tan ricas en símbolos y complejas en técnicas como cualquier otro lenguaje artístico, han sido etiquetadas de forma despectiva como “abuelistas”, una manera de invalidar su trabajo, asumiendo que por tratarse de un saber “de abuelas”, que proviene de la intimidad de hogares y costureros, es un saber menor y un oficio poco merecedor de reconocimiento.

Así que sí. Hay temas que atañen a lo que podemos llamar el universo de las mujeres. Bien sea al que les corresponde por su condición biológica o al que se les ha atribuido por mandato social o cultural. Pero no es la única sobre lo que ellas pueden y saben escribir, no es la única experiencia vital que las atraviesa. Encasillarlas y separarlas del resto de la literatura, como si de un lado B se tratara, es el problema que mantiene vigente esta discusión. Esa es la trampa en la que no podemos caer, puesto que las mujeres son plurales y sus voces son diversas, se mueven en campos múltiples y la relación que establecen con

el entorno está atravesada por modos diferentes de entender sus contextos y vivir sus cuerpos. No estamos cortadas con la misma tijera.

Pero además de reconocer esa diversidad en la escritura, hay otro asunto que tampoco se nos puede escapar. Cuando las mujeres escriben literatura lo que están haciendo, así a muchos les sorprenda todavía, es escribir literatura. Y es con ese lente con el que deberíamos leerlas siempre. Luz Mary Giraldo señala que esta polémica es frecuente, entre otras razones, “porque más que revisar sus formas se analizan sus temas y contenidos buscando explicar época, lugar de origen o preocupaciones particulares de cada autora”,⁵ y las cualidades narrativas pasan a un segundo plano. Esta debería ser una exigencia que nos hagamos los propios lectores a la hora de acercarnos a cualquier texto de una autora: medirlas con la misma vara.

Dilemas éticos, el abandono y el fantasma de los espacios deshabitados, sueños, misterios y pesadillas, las obsesiones a las que nos conduce la violencia, paisajes y leyendas rurales, el cuerpo que envejece, y las imágenes o emociones que nos revelan los elementos de la naturaleza, son algunos de los temas que aparecen en las creaciones literarias de esta edición. Textos firmados por mujeres, nacidos en talleres de escritura locales, casi todos inéditos, y que dan cuenta del panorama rico y diverso que las autoras tienen por compartir.

Como complemento, los ensayos y los textos de carácter biográfico, no solo sobre el rol de las mujeres en la literatura sino en otros ámbitos de la creación, siguen el mismo hilo que ha pasado por muchas conversaciones, escritos íntimos, preguntas

de clubes de lectura y tertulias literarias. Que sean estos, también, resonancia para que lectores y lectoras podamos seguir ampliando nuestra mirada y nuestra escucha sobre esas voces que han permanecido mucho tiempo en la oscuridad y en el silencio y que hoy, aunque ya develadas y por varias décadas discutidas, siguen siendo motivo de búsquedas y reflexiones y tienen, todavía, mucho más por contar.

Referencias

- ¹ Acevedo, R. L. (1996). *17 narradoras latinoamericanas*, Cerlalc/Unesco.
- ² Pérez, P. (2008). Gorjeos celestiales versus agudezas terrestres en *Revista Universidad de Antioquia*, n.º 292, abril – junio, pp. 4-6.
- ³ Aguilar, A. (2025). Conversaciones a la contra / Juan Casamayor, editor: “El ‘boom’ actual es de lectoras antes que de escritoras”, *El País*, 19 de marzo.
- ⁴ Meruane, L. (2018). *Contra los hijos*, Random House.
- ⁵ Giraldo, L. M. (2010). *Cuentan. Relatos de escritoras colombianas contemporáneas*, Sílabas Editores.

Jenny Giraldo García

Comunicadora social – periodista, magíster en Estudios Humanísticos, creadora y tallerista de collage. Fundadora y participante del Club de Lectura Aurita López en 2022 y cofundadora de La Local Taller de Artes y Oficios.

Sobre las artistas autoras de las obras en este número

Patricia Bernal Cortés es publicista de la Universidad Pontificia Bolivariana, maestra en Artes plásticas de la Universidad de Antioquia y máster en Producción Artística de la Universidad Politécnica de Valencia, España.

María Clara Jaramillo es Comunicadora Social de la Universidad EAFIT.